

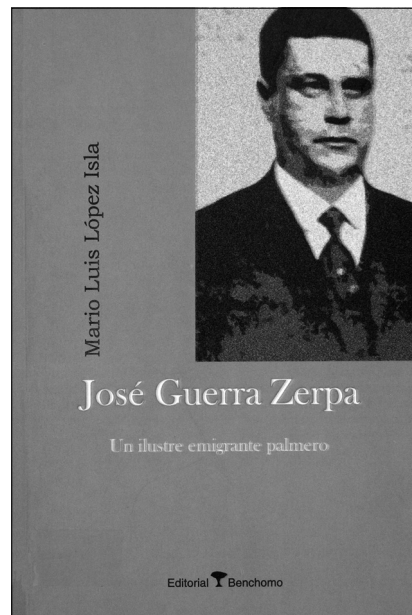
conocer e investigar sobre el *Compendio* de Quesada y Chaves, constituyéndose esta obra en una fuente para historiadores, para lingüistas y para quien quiera conocer parte de nuestra Historia.

Ya hemos señalado que hasta ahora era un manuscrito prácticamente desconocido pues, si bien podemos encontrar a diversos autores que citan la obra de Quesada y Chaves, no se había llevado a cabo la transcripción íntegra del manuscrito, tal como la concibió su autor: prólogo, índice, cuadros, láminas, mapas, cronología de los obispos, decretos, breves, bulas, etc., respetando la grafía original del autógrafa y acompañada de una serie de notas a pie de página que incluyen las apostillas o notas que el autor incorporó a su obra y que, afortunadamente, ahora podemos conocer gracias a la edición crítica realizada. El trabajo se complementa con un índice analítico muy completo que nos permite un acercamiento temático al contenido de la obra.

Aun reconociendo que el manuscrito de Quesada y Chaves, que ahora se publica, no puede considerarse como la obra de un historiador, sino más bien la de un compilador que copia en muchos de sus párrafos a otros autores que le precedieron y

que aporta algunas novedades o interpretaciones en la observación directa que realiza, hay que reconocer que constituye una gran aportación a la historiografía y es una muestra más de la importancia que este tipo de fuentes tiene para la historia de Canarias, por lo que no nos resta más que felicitar a los autores de esta edición por su trabajo, largo, paciente y a veces tedioso, que nos ha permitido acceder a una fuente de primera mano para el conocimiento de nuestro pasado.

ANA VIÑA BRITO



LÓPEZ ISLA, Mario Luis. *José Esteban Guerra Zerpa: un ilustre emigrante palmero*. [Santa Cruz de

La Palma]: Cabildo Insular de La Palma; Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria: Benchomo, 2006. 126 p. ISBN 84-95657-44-9.

*Guerra Zerpa y el periodismo palmero*¹. Un capítulo apasionante de la historia de la isla de La Palma, y de los de mayor trascendencia, es el del periodismo, que coincide casi en el tiempo con otros de no menor importancia y significación, el de la masonería en primer lugar. Sin el periodismo, lo mismo que sin la masonería, no se entenderá bien lo que ha sido política, social y culturalmente esta isla en los últimos ciento cincuenta años, acaso más. Obviamente, ambas expresiones culturales surgen también en las demás del archipiélago, en primer lugar en Tenerife,

donde comienzan en Canarias el periodismo y la masonería, pero si atendemos a la relación entre territorio y sociedad, es en La Palma donde ambos fenómenos muestran un perfil más denso y peculiar.

Mientras de la masonería palmera se ha ocupado en los últimos años, con atención y rigor, un número creciente de investigadores encabezados por el profesor Manuel de Paz Sánchez, no ha ocurrido igual con el periodismo, que ha producido hasta el momento escasa bibliografía, trabajos monográficos más bien breves, desde la aportación inicial del doctor Juan Régulo Pérez², que reunió y clasificó ciento veintitrés fichas catalográficas de periódicos y revistas de la isla de La Palma³ hasta 1948, a los más recientes estudios de Francisco J. Macías Martín⁴ o José Eduardo Pérez Her-

1. Texto de la presentación del libro *José Guerra Zerpa: un ilustre emigrante palmero*, de Mario Luis López Isla.

2. RÉGULO PÉREZ, J. «Los periódicos de la isla de La Palma». *Revista de Historia*, núm. 84 (octubre-diciembre de 1948), pp. 338-413.

3. Incluye, además, el periódico *Junonia*, de 1920, que aunque era gomero se imprimía en la capital palmera.

4. MACÍAS MARTÍN, F.J. «Descripción, carácter e interioridades de la prensa palmera decimonónica». *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, n. X (1997), pp 11-116; *IDEM*. «Prensa obrera, republicana y conservadora en la política palmera de principios de siglo». *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico de Fuerteventura*, n. XII (1999), pp. 57-80; *IDEM*. *Prensa y movimiento obrero en La Palma: el semanario «La Voz del Obrero» (1902-1904)*. Tegueste: Baile del Sol, 2001.

nández⁵. A estos trabajos de carácter general, más bien pocos y de diferente calibre, que vienen a cumplir la función de piezas básicas de un puzzle en construcción, hemos de agregar algunos estudios sectoriales sobre periódicos y sobre escritores y periodistas palmeros que han tenido que ver con el periodismo canario, como el de Luis León Barreto sobre *El Time*⁶, pero quedan lejos todavía de la cifra deseable, dada la importancia que en sí tiene el periodismo palmero. Por tanto, la aparición de una monografía sobre el periodista y político José Esteban Guerra Zerpa, obra del escritor cubano Mario Luis López Isla, hay que saludarla con tanto agrado como esperanza.

El periodismo impreso comienza en La Palma bastante tarde. Cuando salió a la calle en 1863 su primer periódico, *El Time*, habían transcurrido ya más de tres cuartos de siglo de la aparición en San Cristóbal de La Laguna del primero que se editó en Canarias, el *Semanario*

*Misceláneo Enciclopédico Elementar*⁷, estampado entre 1785 y 1787 en la imprenta de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, del que fue director el ingeniero militar Andrés Amat de Tortosa, autor de importantes obras de ingeniería civil y militar y de mapas históricos y geográficos de distintos lugares de Canarias, entre ellos la actualización de la cartografía de la ciudad de Santa Cruz de la Palma de Antonio Rivière, realizada en 1779. La Palma es la cuarta de las islas Canarias con una publicación periódica, y *El Time* ocupa el número cuarenta en la cronología de los medios informativos insulares, pues Gran Canaria inició esta actividad, tarde también, en 1842, con *El Pueblo* de López Botas y Doreste Romero, y la Isla de los Volcanes se incorporó en 1861 con el semanario *Crónica de Lanzarote*, de Pedro Medina Rosales, que dejó de aparecer el mismo año que *El Time* empezó a imprimirse en la capital palmera. Contrasta la tardanza en

5. PÉREZ HERNÁNDEZ, J.E. «Prensa, orden burgués y cuestión social en la isla de La Palma, 1863-1903». *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, n. XIII (2000), pp. 193-225.

6. LEÓN BARRETO, L. «*El Time*» y la prensa canaria en el siglo XIX. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

7. El vocablo *elementar*, hoy en desuso, se pronunciaba y escribía así en el siglo XVIII.

esta incorporación con la sorprendente rapidez y el protagonismo que va a adquirir en La Palma.

No se debe dejar de descartar, sin embargo, que, con anterioridad a la aparición de *El Time*, se confeccionaron en La Palma, como en otros lugares de Canarias, pasquines de diferentes tipos, satíricos y de delación sobre todo, la mayoría de ellos realizados a mano, que sus autores, por lo común anónimos, solían fijar estratégicamente en lugares de especial concurrencia y que eran esperados por los vecinos como agua de mayo, por la sal y el picante con que generalmente estaban aliñados. Asimismo, no sería tampoco extraño que circularan revistas manuscritas, a la manera de las que redactó en Tenerife, de su puño y letra, el ilustre polígrafo don José de Viera y Clavijo (Realejo Alto, 1731-Las Palmas de Gran Canaria, 1813), las más antiguas que se conservan entre nosotros de autor conocido, por lo que Viera ha merecido el honor de ser considerado el príncipe de los periodistas canarios. Pero si en La Palma circularon algunas o, como es muy probable, hojas con textos mordaces, acusadores o punzantes, deben de haberse extraviado o permanecen ocultos, por lo que *El Time* sigue siendo el primer

periódico palmero. En todo caso, ésta es una línea de investigación que merecerá ser tenida en cuenta por los estudiosos. Valga como ejemplo estimulante el descubrimiento, bastantes años después de la aparición de los periódicos manuscritos de Viera, del *Correo de Canarias*, que se custodia actualmente en El Museo Canario de Las Palmas, compuesto a mano en Tenerife por un desconocido personaje misterioso oculto tras el supuesto seudónimo *Abate Miguel Antonio de la Gándara* en 1762, cuatro años más tarde del *Papel Hebdomadario* (1758 y 1759), que es el primero de los periódicos manuscritos del ilustre historiador tinerfeño.

La edición de *El Time* estuvo precedida de una sorda batalla entre quienes apostaban por el progreso y la elevación del nivel cultural de los sectores desfavorecidos de la población palmera, la gran mayoría, entonces con tasas muy altas de analfabetismo, como en las demás islas, y las poderosas minorías que detentaban y controlaban el poder político, económico y social, los viejos caciques radicalmente opuestos a cualquier mejora de la sociedad insular, sobre todo si podía afectar a sus intereses. La educación del pueblo llano polarizó buena parte

de la lucha, por cuanto ellos la percibían como una amenaza a su poder y a sus estrategias de sumisión y explotación de la mano de obra no cualificada. En esta batalla jugaron un papel esencial dos palmeros ilustres: Faustino Méndez Cabezola, licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras por la Universidad Central de Madrid y catedrático en La Laguna, Guipúzcoa y la Universidad Libre de Oñate, republicano visceral, que, antes de dirigir *El Time* durante la enfermedad de su primer director, estuvo al frente del periódico democrático madrileño *Las Cortes*, después de haber pasado por las redacciones de los también madrileños *La Discusión* y *El Imparcial*, donde se curtió como periodista de fuste, combativo, de notable talla política y de grandes inquietudes sociales; y el que sería primer director de *El Time*, Antonio Rodríguez López, personaje asimismo interesantísimo, autodidacta puro, que jamás salió de su isla natal, que lo mucho que sabía lo aprendió merced a su inteligencia natural, a su tesón y a su empeño personal, y cuyas preocupaciones intelectuales y sociales, lo mismo que sus sueños de bienandanza para su tierra, rebasaron con creces el horizonte de la isla y aun del archipiélago.

Cuando Méndez Cabezola, de quien al parecer partió la iniciativa, y Rodríguez López, que la secundó, decidieron crear una publicación periódica en su isla, fueron objeto de acerados ataques, burlas, alfilerazos y descalificaciones por parte de los sectores más reaccionarios y conservadores. Unos proclamaban que era una empresa absolutamente inútil o inconveniente, otros sentenciaban que era utópica y que, por serlo, nunca llegaría a convertirse en realidad, mientras algunos, en ataque personal a Méndez Cabezola, opinaban que era hija de una mente calenturienta y de una imaginación meridional. Sin embargo, ambos dieron los pasos necesarios, lucharon contra viento y marea, lograron que la maquinaria viniera de Londres y *El Time*, por fin y a contrapelo de la creencia y los deseos de los poderosos, comenzó su andadura, como recuerda López Isla, en 1863.

Entre los redactores de *El Time* se encontraba en 1868 el clérigo palmero José Ana Jiménez Pérez, que, según nos dice Mario Luis López Isla en su libro, fue quien ungió con óleo y crisma y derramó sobre la cabeza de José Esteban Guerra Zerpa el agua del bautismo. José Ana Jiménez era natural del

pago de Tacande, en el municipio de El Paso, donde había nacido en 1826. En *El Time* firmaba los artículos sólo con sus iniciales, J.A.J., porque tanto a presbíteros como a militares les estaba vedado entonces, al menos en teoría, intervenir en política y opinar sobre asuntos ajenos a su ministerio o profesión. Era doctor en Sagrada Teología. En 1867 obtuvo autorización de la Universidad Literaria de Sevilla para abrir en Santa Cruz de la Palma un colegio, en el que impartiría las enseñanzas correspondientes al primer periodo de secundaria, que inició con doce alumnos. Los conservadores palmeros no debieron de ver con buenos ojos el atrevimiento del eclesiástico, porque, sin éste haberlo solicitado ni tampoco haberle sido comunicado con antelación, se encontró con la sorpresa del traslado a la parroquia de Icod de los Vinos, en la isla de Tenerife, de la que era beneficiado, aunque venía ejerciendo de ecónomo en El Salvador y de arcipreste de La Palma. De nada valieron las súplicas, primero, y las protestas, después, de la Económica palmera, las de sus alumnos, ni las de los padres de estos. José Ana Jiménez marchó a Icod y de allí no se movió hasta que fue nombrado canónigo del cabil-

do de San Cristóbal de La Laguna, en 1873, maestrescuela de la misma catedral, en 1877 y, ese año, primer rector al abrir sus puertas el Seminario Conciliar nivariense. Por cierto que José Ana Jiménez, que, como ya dijimos, era doctor en Teología, decide cursar los estudios de bachiller en Derecho Canónico, que la Sede Apostólica concedió excepcionalmente a las dos diócesis canarias en 1879, por lo que se dio el curioso caso infrecuente de ser al mismo tiempo rector y alumno del Seminario que estaba bajo su directa responsabilidad.

No estará de más preguntarse qué influencia debieron de haber ejercido en la cimentación de la personalidad, la educación y el ideario de José Esteban Guerra Zerpa los personajes a los que acabo de referirme, personajes que deambulan como fantasmas amables por las páginas del libro de López Isla. Faustino Méndez Cabezola era un republicano militante que nunca ocultó su beligerancia frente al orden monárquico establecido; Antonio Rodríguez López (nombre y apellidos que, sorprendentemente, usará el tinerfeño Secundino Delgado, correligionario de Guerra Zerpa y su compañero más cercano en los afanes nacionalistas cana-

rios, como seudónimo en la prensa cubana y con el que firmó en 1904 su libro *Vacaguaré*) era un católico que practicaba en ese tiempo en La Palma el difícil precepto evangélico del amor al prójimo y la caridad fraterna; Ramírez Atenza, un político fogoso y periodista de raza, que mantenía buenas relaciones con Guerra Vallejo, padre de Guerra Zerpa, con Rodríguez López, Cabezola y Jiménez Pérez, éste último, como hemos dicho, un clérigo nada proclive a dejarse dominar por los caciques de su isla natal; su propio padre, también republicano convencido, y todos ellos unidos por el fortísimo lazo del periodismo, entendido éste más que como profesión o vocación, como religión emancipadora.

Todo hace pensar que Guerra Zerpa se inició en el mundo de la letra impresa como tipógrafo en la imprenta de su padre, que sin duda frecuentó desde niño y en la que tuvo que haber conocido y tratado a los prohombres palmeros que escribían y confeccionaban *El Time*. Al fallecer su progenitor, en 1880, heredó la modesta industria familiar, que continuó manteniendo,

contaminado ya de inquietudes sociales, de entusiasmos políticos y de serias preocupaciones por la difícil situación económica y de aislamiento de las islas en los años finales del siglo XIX. Su vida estuvo vinculada de principio a fin al arte tipográfico y al periodismo, y su empresa más relevante y de mayor importancia, por la que tiene un puesto en la historia de la cultura en Canarias, fue la fundación de *Diario de Avisos*, el 2 de julio de 1890, aunque, como he señalado en otro lugar⁸, había comenzado el día anterior su ya larga y cambiante andadura con el título *El Artesano* en la cabecera, que sustituyó desde el número dos por el que desde entonces mantiene.

Por López Isla sabemos que José Esteban se encontraba en La Palma en abril de 1891, porque el veintinueve de dicho mes contrae matrimonio con Luisa Gómez Pelayo, con la que tendrá dos hijos, pero continúa sin saberse cuándo emigró a América, tampoco si ya lo había hecho con anterioridad a la boda y regresó para casarse, y cuáles eran entonces sus circunstancias personales y profesionales. El autor de la

8. IZQUIERDO, E. *Periodistas canarios: siglos XVIII al XX*. Canarias: Gobierno de Canarias, 2005, t. II.

monografía no ha podido precisar estos y otros extremos. En cualquier caso, no son datos relevantes en una biografía como la suya. Toda apunta, sin embargo, a que emigró después de casado y lo único seguro es que en 1897 se encontraba ya en Venezuela, donde participó con Secundino Delgado en la fundación de la revista *El Guanche*, de la que fue redactor y a la vez administrador. De esta etapa de su vida se ocupa con detalle López Isla en las páginas de su libro.

Guerra Zerpa se mantuvo al frente de *Diario de Avisos* desde julio de 1890 hasta junio de 1894, cuando lo sustituye en la dirección Manuel A. Rodríguez Hernández, que ocupó el puesto sólo dos meses. En adelante, el periódico va a recorrer una larga trayectoria de renunciadas y de renunciaciones, de supervivencia, a ratos dramática, a ratos pintoresca, y de adaptación a las circunstancias de cada momento, que no es posible resumir aquí. Todos los periódicos palmeros anteriores y posteriores a *Diario de Avisos* casi una cincuentena acabaron desapareciendo, igual que la gran mayoría de las publicaciones del archipiélago, unas por consunción, otras víctimas del sectarismo, o bajo la presión de las dictaduras. La peculiaridad de *Dia-*

rio de Avisos ha consistido en su capacidad para ser, en cada situación concreta del país, fiel espejo de la misma. Ejemplo cercano es la etapa del franquismo. *Diario de Avisos* se mantuvo durante los años oscuros como un fantasma sin voz y sin luz, porque no tenía nada de enjundia que avisar, nada con lo que vibrar y nada que decir cada día a sus lectores, que es el compromiso y la razón de ser de todo periódico. Fue primero nacionalista, luego alardeó de independiente, mantuvo una línea moderada de reivindicaciones palmeras, se plegó, como todos a los que los obligaron, a las exigencias de un régimen que trató de imponer la voz única de los vencedores, pero, en cuanto tuvo la menor oportunidad, se zafó de la fila y emprendió por su cuenta un camino nuevo. Lleva así ciento diecisiete años. Pero este capítulo es otra historia que nada tiene que ver con su fundador.

Volviendo a José Esteban Guerra Zerpa, cabe preguntarse por qué abandonó la empresa que había creado cuatro años atrás, sin duda con enorme ilusión. ¿Tuvo que ver en ello solamente el pleito de la Económica por la propiedad de la imprenta «El Time», o hubo otros motivos? Desde luego, nunca el periodismo fue rentable en Cana-

rias hasta que entró de lleno en el ámbito de la publicidad. *Diario de Avisos* no podía ser diferente. En su larga etapa palmera estuvo siempre lejos de ser una empresa económicamente productiva, ni tan siquiera para que pudieran subsistir quienes lo hacían. Fue la suya una supervivencia romántica, idealista. En 1906, la tirada no pasaba de ochenta ejemplares diarios. Cincuenta años después, a mitad del siglo XX, siendo como era el único periódico de la isla de La Palma, se movía entre 1000 y 1300 ejemplares por día. Por esos años, si Domingo Acosta Pérez, que era el redactor todo terreno de la posguerra, tenía que desplazarse fuera de la ciudad o de la isla, dejaba el material preparado para las ediciones que se hicieran durante su ausencia. En fin, una existencia peregrina y en cierto modo heroica. Lo interesante, hoy, es que *Diario de Avisos*, transmutado en periódico de Santa Cruz de Tenerife, sigue siendo al propio tiempo un diario de innegable sabor palmero. Su historia hunde su raíz en la del periodismo y la imprenta en La Palma.

No me detendré en algunas particularidades relativas a la etapa inicial del periodismo palmero, por conocidas y porque López Isla le dedica espacio en su obra, pero sí

debo subrayar que fueron unos orígenes humilísimos y, como ya he señalado, tardíos. Los primeros tipos que trajo a la isla el palmero José García Pérez en 1835 ó 1836 no permitían sino impresiones manuales muy cortas y reducidas, pues carecía de algo tan elemental como el tórculo o prensa. Esta grave deficiencia trató de remediarla en lo posible el periodista y político Pedro Mariano Ramírez Atenza, ya citado, quien se responsabilizó de la construcción de una prensa artesanal, que fue la primera que funcionó en Santa Cruz de la Palma. Atenza era murciano de nacimiento, pero terminó siendo, como los conversos, un tinerfeño radical, más tinerfeño que los de casta. A su entusiasmo y a su capacidad emprendedora le debe Santa Cruz de Tenerife consecuciones notabilísimas, entre ellas el primer periódico que tuvo esta población, *El Atlante*, de 1837, para el que adquirió imprenta propia, la pronto famosa Imprenta Isleña.

La prensa artesanal diseñada por Ramírez Atenza (de la que hay una réplica en La Cosmológica, porque parece ser que la original fue destruida, como tantas otras cosas importantes, en los albores del franquismo) no permitía editar un periódico, aunque éste tuviera las

reducidas dimensiones de *El Atlante*, que se imprimía en octavo, sino únicamente trabajos menores, muy elementales. Es entonces cuando surgen de manera imparable los afanes de los hombres ilustres de La Palma ya citados y comienza en vertiginoso ritmo de apariciones y de desapariciones, a veces como un vendaval, la sucesión de periódicos y revistas en la isla de La Palma, en los que hoy, con la distancia y la objetividad de los muchos años transcurridos, se puede bucear con calma y de manera porfiada para comprender el complejo mundo insular que va de la segunda mitad del siglo XIX hasta la culminación del siglo XX, con todos sus afanes, sus luchas, sus radicalismos, sus abismales desencuentros políticos y sociales, las luchas ideológicas o de intereses, etc., etc. A algunas de estas cuestiones se refiere Mario Luis López Isla en su libro, entre cuyas virtudes creo que destaca singularmente la modestia con que el autor valora su trabajo, que considera que es sólo un primer paso y antesala para otros de mayor empeño. Efectivamente, junto a José Esteban Guerra Zerpa destacan en el periodismo de La Palma de entre siglos varios personajes de tanta o de mayor importancia, merecedores

del estudio que rescate y divulgue con nitidez la trayectoria humana, la peripecia vital y la obra de quienes contribuyeron a afianzar la personalidad y el estilo de esta isla, como los ya citados Rodríguez López, Méndez Cabezola, o Luis Felipe Gómez Wangüemert, Félix Poggio y varios más.

Hay otras cuestiones de interés en la monografía que quedan sin glosar, en particular la vinculación de Guerra Zerpa con la masonería. Pero López Isla trata esta faceta con suficiente amplitud y hace ver la importancia que la misma tuvo en la asendereada vida y en la actividad plural de su biografiado, lo cual me vale para justificar lo que no es olvido sino voluntad de respetar el tiempo que me fue asignado en el reparto de intervenciones en la presentación de la obra. Me resta únicamente felicitar a Mario Luis López Isla por este trabajo que viene a sumarse a su ya extensa bibliografía personal, y a las empresas y los organismos que han hecho posible la publicación del volumen glosado, en especial al Cabildo de La Palma y a su consejero de Cultura, Patrimonio Histórico y Educación, don Primitivo Jerónimo Pérez.

ELISEO IZQUIERDO